

¿CUÁNTO CUESTA EDUCAR?*

Gonzalo Vial Correa

En estas páginas se sostiene que mientras no se incremente a 3 ó 3,5 UF la subvención a los establecimientos educacionales, que hoy atienden al 91,6% de la población escolar chilena, es quimérico pretender que nuestros jóvenes puedan recibir una educación aceptable. La subvención de 1 UF al mes por niño atendido, se señala, simplemente no alcanza, y ésta es una realidad que no puede soslayarse. En segundo lugar, se plantea que la alternativa más idónea para asegurar un uso eficiente del dinero destinado a educación consiste en asignar los recursos en forma *directa* a los propios establecimientos, a través de una sola “cañería”: la subvención. Tercero, en lo que se refiere a los incentivos, se sugiere establecer montos adicionales al mínimo para los colegios que obtengan mejores resultados, medidos con parámetros objetivos.

GONZALO VIAL CORREA. Abogado, historiador y ex Ministro de Educación. Columnista del diario *La Segunda* y autor de numerosos libros y publicaciones sobre historia de Chile. Presidente de la Fundación Educacional Barnechea.

* Transcripción del comentario presentado en el seminario “Remuneraciones de los profesores en Chile”, que se efectuó el 28 de abril de 1998 en el Centro de Estudios Públicos.

Se incluye en esta edición el trabajo expuesto por Patricio Rojas y una versión transcrita del comentario del profesor Vittorio Corbo.

Se me ha invitado a comentar un tema que es económico, el trabajo de Patricio Rojas, “Remuneraciones de los profesores en Chile”¹, y yo no entiendo de economía. Sin embargo, además de las actividades que Arturo Fontaine T. ha mencionado con mucha generosidad al presentarme, me gustaría agregar que soy presidente de una institución educacional, la Fundación Educacional Barnechea, que se dedica precisamente a la educación gratuita y trata de alcanzar en ella un nivel de excelencia.

Y es desde ese punto de vista, entonces, que quisiera mirar el trabajo de Patricio Rojas, partiendo por el Cuadro N° 8. Éste nos dice que si las remuneraciones reales de los profesores eran 100 el año 1960, el año 1990 habían bajado a 47, es decir, a menos de la mitad; y con el gran esfuerzo que han hecho el país y los dos gobiernos que ha habido desde entonces, han llegado a 94,9. En otras palabras, casi han alcanzado en 1997 el nivel que tenían en 1960².

El profesor Corbo ha hecho algunas precisiones al respecto³, pero a mí me impresiona que el índice real de las remuneraciones *totales*, que era 100 en 1960, hoy sea 227,3. Es decir, que se haya más que duplicado para el conjunto del país, mientras que el sueldo de los profesores no haya aumentado nada desde 1960 hasta 1997, incluso si consideramos el esfuerzo enorme de los últimos 7 años. Éste es el tema que me preocupa, porque cerca del 85% del gasto en educación corresponde a remuneración de los profesores.

El otro dato que se debe tener en cuenta es que la gente que recibe educación pagada en Chile, como es el caso de casi todos los aquí presentes y de todos nuestros hijos y nietos, es sólo el 8,4% de la población, pues el 91,6% restante recibe educación gratuita. Y de ese 91,6%, alrededor de un tercio asiste a escuelas subvencionadas y cerca de dos tercios a escuelas municipales.

Entonces, si tenemos esta remuneración magisterial tan deprimida en términos absolutos (y aún más deprimida cuando se la compara con el conjunto de la sociedad), y si el 91,6% de los chilenos recibe educación gratuita y por consiguiente educación financiada principalmente por el Estado, es claro que el Estado o, en términos más amplios, la sociedad, no está gastando lo necesario para entregar una educación gratuita del nivel mínimo. Y esto, a mi juicio, tiene solamente dos salidas. Una es que eduquemos menos gente, lo que equivale a dejar a un porcentaje en la ignoran-

¹ Patricio Rojas, “Remuneraciones de los profesores en Chile”, incluido en esta edición de *Estudios Públicos*.

² Patricio Rojas, *Documento de Trabajo* N° 278 (marzo 1998), Centro de Estudios Públicos, p. 27.

³ Véase en esta misma edición el comentario de Vitorio Corbo.

cia, y concentrar nuestros recursos en dar mejor educación el resto. Ésta, por cierto, es una alternativa políticamente imposible y éticamente inaceptable. Por consiguiente, la única solución es aportar mayores recursos entre todos (el Estado, extrayéndolos de los impuestos; los padres, a través de instituciones como el financiamiento compartido y otras mejoras que se puedan discurrir; y la empresa en general, a través de algún sistema de donaciones imputables a impuestos o imputables como gastos). En suma, como sea, es preciso asignar más dinero a la educación gratuita.

¿Cuánto más hay que destinarle?

Les puedo decir la cantidad, aunque no soy economista, porque tengo que reunirla todos los meses. La Fundación Educacional Barnechea tiene dos colegios en Lo Barnechea, enteramente gratuitos. Educa a 800 niños, no tiene grandes infraestructuras, paga a sus profesores mejor que la educación del Estado, pero no mucho mejor, y gasta 3,5 UF por niño al mes. Y con eso se educa bien. ¿Pero qué recibe del Estado? Recibe la subvención, que es poco más de 1 UF por niño atendido al mes. Por lo tanto, adicionalmente, tenemos que reunir 2,5 UF por niño al mes para llegar a las 3,5 UF.

Al revisar los resultados del SIMCE⁴ me encontré con una sorpresa en la comuna de La Cisterna. Los porcentajes de respuestas correctas obtenidos en el SIMCE por los colegios de esa comuna son en general 50%, 60%; unos pocos logran el 70% e incluso hay alguno que se acerca al 80%. De pronto, sin embargo, aparece la Princess Anne School con 87%, 86%, 82% y 85%, en Castellano, Matemáticas, Historia y Ciencias Naturales, respectivamente, o sea con el nivel de un colegio caro de barrio alto. Da la casualidad que conozco la Princess Anne School, que no pertenece a ningún súbdito británico sino a unas antiguas y notables educadoras chilenas. La Princess Anne School es un colegio pagado y las dueñas viven de él. Y en La Cisterna, por supuesto, no pueden cobrar lo que cobra cualquier colegio particular caro del barrio alto. ¿Cuánto cobran ellas? Cobran 3,5 UF por niño al mes y con eso sus alumnos obtienen 87%, 86%, 82 % y 85% en el SIMCE, y además las dueñas ganan dinero. La Fundación Educacional Barnechea no gana dinero (probablemente somos menos eficientes que la Princess Anne School), pero les aseguro que mientras no pasemos de 1 UF por niño al mes a 3 y 3,5 UF no tenemos posibilidad de educar bien a la gente que estamos educando gratuitamente. ¿Cómo obtener esos recursos adicionales? Esta respuesta deben darla los economistas y los gobernantes.

⁴ SIMCE: Sistema Nacional de Medición de la Educación. Prueba que se aplica en Chile al 4º y 8º año en todos los establecimientos de enseñanza básica del país.

Ahora, lo que sí puedo aportar son algunos consejos acerca de cómo asignar los recursos. En primer lugar está lo que he llamado la ley Zapallar o, con cierta inmodestia, la ley Vial. Ésta se basa en la observación empírica de un fenómeno ocurrido en el balneario de Zapallar. Durante largos años no había agua en ese balneario y los zapallarinos, gente muy distinguida y muy rica, no podían bañarse ni menos regar sus jardines. Circulaban así por Zapallar una serie de camiones particulares vendiendo el agua a precios gigantescos, y los zapallarinos, por supuesto, compraban esa agua para suplir la poca o ninguna que les llegaba por las cañerías. Hasta que cambió el funcionario público a cargo del servicio de agua potable. Llegó, no voy a decir por casualidad, un funcionario honesto que descubrió que eran sus propios subordinados y para su propio provecho, los que vendían el agua en los camiones. Éste puso fin a la venta de agua particular y echó la misma agua de los camiones por las cañerías. Hoy los zapallarinos se bañan no una vez, si no dos veces al día, y sus jardines han florecido.

¿Y cuál es la cañería en educación? La subvención: todo el dinero adicional debe ir por la cañería, directo al establecimiento, en forma de más pesos al mes por niño atendido. En otras palabras, debe ir por la subvención que se le paga al colegio municipal o al sostenedor de una escuela gratuita, como la Fundación Educacional Barnechea.

¿Está ocurriendo eso? Parece que no. En cuanto a la subvención educacional básica, Patricio Rojas señala en su trabajo que el año 1981 era 100 y en 1990 era 73. Para la enseñanza media, la subvención educacional era 100 el año 1981 y 67 el año 1990⁵. Había bajado la subvención, eso todos lo sabemos, en términos reales, ya lo ha explicado Patricio Rojas. Los recursos por alumno, en cambio, que eran 100 en 1980, y que después subieron fuertemente para bajar una vez más, fueron 125 en 1990.

¿Qué significa, entonces? Que parte del agua no está yendo por la cañería; parte del agua se está vendiendo, no lo digo en mal sentido, pero se está vendiendo a los niños en forma de programas aparentemente muy interesantes. Se les ofrecen a las escuelas todo tipo de cosas, como subscribirse a la revista *Don Balón*, a costa del Ministerio, y a la revista *Caras*, y programas para toda clase de radiocasetes, televisores, filmadoras, etc... O sea, parte del agua no está corriendo por las cañerías.

Si queremos que la población de menores recursos —que es el 91,6% de los educandos en Chile— reciba educación, entonces hay que aumentar los recursos para educarla gratis. Porque si bien ellos podrían colaborar con algo, es poco, y la única forma de poder educarlos es hacerlo

⁵ Patricio Rojas, "Remuneraciones de los profesores en Chile", *op. cit.*, Cuadro N° 4, p. 145.

prácticamente gratis. Es decir, hay que aumentar la subvención. Hay que disminuir al mínimo lo que *no* es subvención y hay que enviar *toda* el agua por la cañería.

Después viene el problema, que muy bien han indicado los otros expositores, de cómo asegurar la eficiencia del empleo de ese dinero. Porque se puede mandar el agua por la cañería, pero si ella está rota, al final se va a perder el agua. Y esto, a mi juicio, sólo tiene una solución: el establecimiento. Éste debe determinar cómo distribuye sus recursos a través de su dirección, que no es lo mismo que hablar del director. La dirección es el director con el consejo de profesores, y ésta es la que debe recibir los recursos, pues es la que sabe dónde le aprieta el zapato, lo que le falta (lo sabe mejor que el Centro de Estudios Públicos, lo sabe mucho mejor que el Ministerio de Educación).

¿Cómo garantizar un incentivo para que se usen bien los recursos? Simplemente, que haya una subvención adicional para los establecimientos que tengan mejores resultados medidos con parámetros objetivos. Es decir, que haya una subvención mínima para resultados mínimos, y que de allí en adelante vaya aumentando la subvención según los resultados. La dirección del establecimiento sabrá —el director, el consejo de profesores y el cuerpo de profesores— cómo obtiene esos mejores resultados. Porque eso no se puede establecer en forma general. Educar es un arte. Ese arte no se hace aquí, no se hace en el Ministerio; se hace trabajando con los niños y eso lo realiza el establecimiento. El director y el profesor que están en contacto con Pedrito, Juanito y Dieguito, son los que saben en qué están bien y en qué están mal Pedrito, Juanito y Dieguito. Saben cómo hacerlos progresar y sabían que tienen un incentivo si efectivamente progresan, que tienen un incentivo a través del establecimiento.

Es imposible medir el grado de eficiencia de los incentivos dirigidos directamente a los profesores como los aumentos de sueldos. A mi juicio, esos mecanismos generales, aplicados desde arriba, no sirven. El dinero tiene que repartirlo el establecimiento, los estímulos tienen que ser para el establecimiento. Ahí verá la dirección cómo distribuir esos estímulos entre los profesores, pero es el establecimiento el que tiene que educar.

De acuerdo con mi experiencia, éste es el camino real, que tiene dos partes. Primero, convencernos de que se necesitan mayores recursos. Si es necesario, privaticemos hasta la pata de la mesa, hasta el escritorio del Presidente de la República... También pidámosles una contribución razonable a los padres, porque aunque sean padres pobres, están dispuestos a dar. Demos facilidades a las empresas para que entreguen dineros contra impuestos o como gastos de la empresa —problema mucho más complejo, de

asignación de recursos... Pero seamos honestos: o asignamos más recursos o educamos a menos jóvenes. No continuemos con la estafa de hoy de educar mal a tres niños con la plata que bastaría para educar bien a uno.

En segundo lugar, una vez conseguidos esos recursos, viene el problema de la eficiencia. Éste, para mí, se resuelve con la ley Zapallar: toda la plata por la cañería, toda la plata por la subvención. No más programas sino los indispensables. No más funcionarios sino los que realmente sean necesarios, que son muy pocos. Y todo el dinero a la subvención y al establecimiento. Una subvención que estimule los progresos objetivos del establecimiento y libertad de inversión para el establecimiento, representado por su dirección.

Creo que ése es el camino —reitero por última vez—, que parte de la convicción que tengamos de que no se está gastando suficientemente en educación, que se está gastando por lo menos tres veces menos de lo que debiéramos en educación y que esto no tiene salidas mágicas. No basta con entregarles a los establecimientos 1 UF al mes por niño, porque no alcanza.

Para concluir, comentaba con Arturo Fontaine T. hace unos días que es curioso que los economistas chilenos, que han discurrido cosas tan interesantes y tan ingeniosas para otros campos de actividad—por ejemplo, las AFP para la previsión, o las Isapres para la salud—, no hayan discurrido un sistema en el cual los recursos públicos puedan ser aprovechados en la educación por los privados, que son los establecimientos, de modo que se incentive su buen uso y el progreso. □